
Cheryl St. John
Sed de Pasiones
Harlequin Internacional™

Prólogo

Florence, Kansas, 1878

Se despertó al oír unos sonidos. Un zapato cayendo sobre el suelo. Conversación amortiguada. El ruido de una botella. Sonidos familiares. El fuego se había apagado hacía horas, y la pequeña cabaña estaba fría.

Ben metió la cabeza bajo el brazo, ajustó la cadera contra el inadecuado acolchado situado entre el suelo y él y se acercó más a su hermano pequeño para calentarse. El estómago de Flynn rugió mientras dormía. No habían comido nada desde aquella mañana, y habían sido sólo huevos y leche que su hermana había robado.

—Despierta —una voz masculina en el silencio de la habitación.

Ben miró a través de la oscuridad y vio al hombre tocándole el hombro a su hermana. A poca distancia, ella dio un respingo y se enderezó. Una luz brillaba desde detrás de la manta que

servía de división entre aquel dormitorio y el de su madre, una luz suficiente para ver que la figura que se inclinaba sobre ella era uno de los visitantes nocturnos de Della Foster.

—¿Qué quieres? —susurró la hermana de Ben apartando la mano del hombre.

—Ven deprisa. Tu madre se ha caído y necesito tu ayuda para meterla dentro.

—Iré yo —dijo Ben incorporándose.

Ellianna se puso su jersey comido por las polillas sobre la ropa interior.

—No, tú quédate aquí con Flynn —susurró mientras caminaba de puntillas alrededor de su hermano pequeño—. Mamá sólo necesita ayuda para volver a la cama. Puedo hacerlo.

Siguió al hombre al otro lado de la manta.

Ben se quedó sentado mirando a Flynn. Luego se levantó y vio que su madre realmente no estaba en la cabaña. A veces le costaba caminar derecha. Tras acercarse de puntillas a la puerta, salió fuera.

—¿Dónde está? —preguntó Ellianna desde lo lejos.

—Aquí —contestó el hombre—. Por aquí.

—No la veo —dijo ella.

—Aquí dentro.

Ben los siguió en silencio. Había un caballo y un carruaje a unos cuantos metros de la cabaña. ¿Su madre estaba allí metida? Ella nunca iba a ninguna parte.

Ellianna estaba asomándose dentro del carruaje.

Ben tuvo un presentimiento. ¿Su madre había muerto? ¿Le habría ocurrido algo realmente malo?

—No veo nada —dijo Ellianna.

Winston Parker la agarró por la nuca.

—Métete dentro.

—¡No! No…

—No era una pregunta —dijo el hombre, la empujó al carruaje y Ellianna se cayó—. ¡Entra!

—¡Para! —gritó Ben corriendo hacia ellos. Llegó justo cuando Winston empujó a Ellianna hacia dentro y trató de meterse tras ella y cerrar la puerta—. ¡Déjala salir! ¿Dónde está mi madre? —preguntó Ben agarrando al hombre por el brazo, pero Parker le dio un empujón. Entonces tumbó a Ellianna boca abajo mientras ella gritaba.

Parker le puso una mano en la boca y ella lo arañó, buscando a ciegas sus ojos, su garganta. Él apartó la mano y Ellianna consiguió gritar.

Aterrorizado, Ben golpeó al hombre por la espalda con todas sus fuerzas. Recibió a cambio un puñetazo en la mandíbula, cayó al suelo y quedó atontado.

La puerta del carruaje se cerró.

—¡Mamá! —gritó Ellie desde dentro.

Ben se dio la vuelta y corrió hacia la casa.

—¡Mamá, ayuda a Ellie! —gritó—. ¡Tienes que ayudar a Ellie! ¡Ese hombre le está haciendo daño!

Ben tenía que ayudarla. ¿Pero cómo? Su cerebro de niño de ocho años pensó en los escasos elementos de la sala y se fijó en una sartén de hierro. La agarró con fuerza y salió corriendo por la puerta.

Su madre apareció tropezando en el porche en ese momento con una bolsa en el brazo.

—¡Mamá! ¡Ayuda a Ellie! ¡Corre!

Su madre lo apartó y abrió la puerta.

—¡Tienes que ayudarla! —insistió Ben agarrándola del brazo—. ¡Le está haciendo daño!

Ella se apartó y llevó la bolsa dentro.

Ben se quedó mirándola durante un momento y entonces regresó corriendo al carruaje. Sólo él podría ayudar a Ellianna. A nadie más le importaba.

Golpeó la puerta del carruaje con la sartén, centrándose en el pomo hasta que cayó al suelo, pero aun así la puerta no se abrió. Dentro podía oír los llantos amortiguados, y él no tardó en empezar a llorar también.

No era lo suficientemente grande ni fuerte para ayudarla.

Uno

Newton, Kansas, 1894

Su madre había muerto de aburrimiento. Tedio. Monotonía. Lorabeth Holdridge levantó la vista de la Biblia que tenía en el regazo y miró a su padre, sentado con los ojos cerrados mientras rezaba. Estaba convencida de que nadie podría pasar cada noche de su vida de esa forma sin que sus sueños fueran muriendo poco a poco, semana a semana, mes a mes, hasta que finalmente no quedase nada de vida y su espíritu simplemente abandonase su cuerpo.

La silla de madera en la que se encontraba evitaba deliberadamente que estuviese cómoda y que su mente pudiese divagar. Su padre lo consideraría pecaminoso, pero su imaginación había sido su vía de escape a lugares excitantes desde que tuviera edad suficiente para saber que había más cosas en la vida.

Miró a su hermano, de diecisiete años. Lorabeth

había estado esperando a rebelarse hasta que él pudiera cuidar de sí mismo sin su ayuda. Hasta que no supiera que estaría bien. Simon bostezó disimuladamente y la miró.

Ella puso cara de aburrimiento y su hermano hizo un esfuerzo por no reírse.

Ambrose Holdridge golpeó a Simon en la rodilla y le dirigió a Lorabeth una mirada severa, indicando que sabía que era ella la causante de aquella interrupción.

Alguien llamó a la puerta trasera. No era extraño que llegase algún visitante de noche, un feligrés que necesitase rezar o recibir consejo.

—Continuad en mi ausencia —dijo su padre antes de salir de la habitación.

En cuanto Lorabeth oyó voces en la cocina, susurró:

—Aquí me estoy muriendo, Simon.

—Conocerás a un hombre —comenzó a decir él.

—¿Dónde? ¿Dónde voy a conocer a un hombre si estoy toda la semana en casa de los Chaney y luego obedezco a papá y vengo a casa los viernes para limpiar, hacer la colada y ocuparme del jardín todo el fin de semana? Los domingos toco el piano para la iglesia, os preparo la cena y plancho. El lunes por la mañana vuelvo a casa de los Chaney hasta el siguiente viernes por la noche. Los únicos momentos que tengo para mí son a

altas horas de la noche, cuando los hijos de los Chaney están dormidos.

—Tú convenciste a papá para que te permitiese tener ese trabajo —dijo él.

—Y me encanta. De verdad —dijo ella—. No me quejo del trabajo. Me mantiene alejada de… de esto —pero llevaba casi dos años con ese ritmo. Habiendo visto cómo vivía el resto de la gente y la libertad de que disfrutaban, ya no podía esperar más.

Sólo quedaban tres sillas alrededor del fuego. Su hermana mayor, Ruthann, se había casado y vivía en Florence con su marido y su hijo recién nacido. Su hermano pequeño, Jubal, se había casado también y vivía a varios kilómetros de distancia.

—He rezado mucho para encontrar ese marido, Simon —apretó el puño con fuerza. Aunque dormía poco, cuando lo hacía, Lorabeth soñaba a menudo con un hombre de espíritu indomable como el suyo. Alguien guapo, pero no engreído. Alguien lleno de vida que le abriera nuevos horizontes y le mostrara el mundo que deseaba.

—Sé lo mucho que deseabas ir a la universidad —dijo Simon.

Su padre se había negado tajantemente. La universidad era algo demasiado mundano para una joven tan pura, entrañaba demasiados riesgos y ofrecía demasiadas muestras de conducta repro-

bable. Ella tenía responsabilidades con la familia y con el trabajo en la iglesia.

—Yo me alegraría por ti si consiguieras irte —le aseguró a Simon. Siempre había hecho lo que se esperaba de ella, pero no se había sentido realmente viva y satisfecha hasta que no había empezado a trabajar en casa de los Chaney. Pero no era suficiente. Escuchar su alegría y ver a sus jefes con sus hijos dejaba al descubierto el gran vacío que había acompañado a Lorabeth toda su vida. El recuerdo de su madre, delgada y pálida en su lecho de muerte, rogándole que no se conformara con menos de lo que soñaba aparecía en su mente a cada instante.

Durante meses había estado pensando que quizás hubiese una respuesta además del esquivo marido por el que había estado rezando. Tal vez hubiese una manera de dar esos últimos pasos que la alejasen del asfixiante control de su padre.

—Tengo un plan —dijo en voz baja—. Te quedarás solo, pero tú no tardarás en marcharte. Encontrarás a alguien especial. Todas las chicas de la iglesia se fijan en ti.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó él con una sonrisa.

La puerta trasera se cerró y se oyeron pisadas en el suelo del pasillo. Inmediatamente, hermano y hermana volvieron a sentarse correctamente.

Lorabeth cerró los ojos y esperó con el corazón acelerado.

La silla de su padre crujió.

—La señora Jenkins ha traído huevos.

—Tengo que hablar contigo, padre —dijo ella.

—¿No puede esperar, hija?

—He esperado —le dijo ella. Toda una vida—. Ésta es la única oportunidad que tengo en la que no estoy cocinando, haciendo la colada o en la iglesia.

—Una mujer virtuosa considera los caminos de su casa y no come el pan de balde —dijo su padre arqueando una ceja.

Esa misma mujer del proverbio treinta y uno tenía un marido que la alababa e hijos que se levantaban y la llamaban bienaventurada, pero Lorabeth se mordió la lengua antes de señalar que aquélla no era su propia casa. Argumentar que ella era la última mujer Holdridge que quedaba sólo sería doloroso, y ella nunca le haría daño a su padre.

—Es sólo que ésta es mi única oportunidad de hablar contigo.

—Muy bien. ¿Qué hay en tu corazón?

Ellie Chaney no le había pedido a Lorabeth que trabajara más días de los que ya trabajaba, pero el futuro de Lorabeth dependía de su convicción en que esa mujer estaría encantada de tenerla con ellos todo el tiempo. Eligió sus palabras cuidadosamente.

—La señora Chaney está esperando otro hijo.

Su padre volvió a arquear la ceja.

—Le vendría bien tener más ayuda los fines de semana.

—¿Y qué hay de tus labores en casa? —preguntó su padre—. Está bien que puedas ayudar a la mujer del médico con sus hijos, pero no a costa de tu propia familia.

—Tengo veintiún años, padre —señaló ella—. Ruthann ya vivía fuera de casa con diecinueve años.

—Ella tenía un marido al que cuidar. Tú no.

Como si necesitara que se lo recordasen.

—Creo que soy lo suficientemente adulta para tomar mis propias decisiones —dijo.

Vio cómo su padre agarraba con fuerza la Biblia que tenía sobre las rodillas.

—Deseo tu aprobación y tu bendición, por supuesto —añadió ella—. Y no desearía dejarte sin ayuda. Estoy segura de que podría venir una o dos mañanas a la semana para hacer la colada. Quizá pueda mencionarle a la viuda de Hinz que, aunque los pasteles que trae son bien recibidos, el pan nos sería más práctico.

La mujer que se había hecho cargo de la panadería tras la muerte de su marido, cinco años atrás, le llevaba pasteles a su familia todas las semanas.

—Y, por supuesto, seguiré yendo a la iglesia los domingos por la mañana —se sintió orgullosa

de que su voz no sonara suplicante, aunque su corazón estaba de rodillas rogando.

Simon se quedó mirando a su padre, pero cerró los ojos cuando Ambrose miró en su dirección.

—Como dices, Lorabeth, eres una mujer adulta —comenzó a decir su padre—. Veo que has pensado mucho en esto.

—Sí —dijo ella asintiendo.

—Te he educado con los valores que deberías seguir. Ahora que eres mayor, confío en que no te apartes de ese camino.

Su alivio fue como una ligereza que comenzó en sus pies y fue subiendo por su cuerpo. Su consentimiento era lo único que deseaba.

—No lo haré, padre.

—Hablaré con el doctor Chaney para recordarle la enormidad de su responsabilidad mientras vivas bajo su techo.

—Es un hombre maravilloso, padre. Y la señora Chaney es una mujer excepcional. Estoy a salvo en su hogar.

—Me sentiría más seguro si asistiera a la iglesia con mayor regularidad.

—Es médico. A veces tiene que marcharse para ayudar a la gente. La señora Chaney siempre está en la iglesia con sus hijos y sus hermanos.

Su padre asintió.

—Muy bien, Lorabeth. Tienes mi bendición para vivir con los Chaney.

Lorabeth quería saltar y abrazarlo, gritar de felicidad, incluso cantar. Pero se contuvo.

—Ahora hemos de continuar con nuestras oraciones —ordenó Ambrose.

Lorabeth se sentía como una mariposa que acababa de emerger de su capullo dentro de un tarro de cristal al que por fin le habían quitado la tapa.

«¡Oh, gracias, señor! ¡Gracias porque la semana que viene seré libre! Gracias por permitirme comprar algunas cosas bonitas para mi habitación en casa de los Chaney. Ayúdame a encontrar tiempo para pasar por la biblioteca. Y, por favor, ayuda a que Simon encuentre una buena esposa».

Lorabeth cerró los ojos y sonrió con el corazón.

Lorabeth apenas podía contener su excitación a la mañana siguiente. Tarareaba una alegre canción mientras recogía flores del pequeño jardín y las colocaba en un jarrón que colocó frente al púlpito; luego tomó su libro de bolsillo y su Biblia. Simon abrió la puerta trasera y ella lo miró al pasar por su lado.

—He visto la casa del médico —susurró su hermano—. Es grande. ¿Tienes tu propia habitación?

—Sí. La colcha de la cama fue uno de los

regalos de boda de la señora Chaney. Es roja y azul, Simon. Lleva vestidos de colores y se ríe, y juego con los niños. El médico les lee cuentos a la hora de dormir de los libros de fábulas de un hombre llamado Esopo. Ojalá pudieras verlo. Ojalá pudiera llevarte conmigo.

Se colocó junto a su hermano mientras atravesaban su jardín, detrás de su padre, hacia la iglesia congregacionista, situada en la puerta de al lado.

—¿De verdad son gente buena?

—De verdad —le aseguró ella.

—No te preocupes por mí, Lorabeth. Éste es mi último año en la escuela y luego planeo ser aprendiz de uno de los comerciantes del pueblo.

Era un joven muy considerado, y Lorabeth apreciaba su esfuerzo por tranquilizarla con respecto a su bienestar.

Aquella mañana no le importó llegar una hora antes a la iglesia, ni tener que enderezar los himnarios de los bancos, o limpiar el órgano.

Su padre le entregó una hoja de papel en la que figuraban los himnos que cantarían aquella mañana, de modo que se sentó frente al órgano y practicó las notas que podía tocar sin música. Miraba las páginas de todas formas, pues su padre consideraba que era pretencioso y despreocupado memorizar la música.

Cuando la gente comenzó a llenar el edificio,

buscó a los Chaney entre los asistentes. El hermano pequeño de Ellie, Flynn, de dieciocho años, fue el primer miembro de la familia al que vio, y llevaba en brazos a la pequeña Anna, de tres años.

Lorabeth observó que su padre estaba inmerso en una conversación antes de correr hacia el pasillo donde la familia Chaney había comenzado a sentarse. Lillith, de cinco años, la saludó con un abrazo, de modo que Anna se inclinó en brazos de su tío para hacer lo mismo. Nate y David, de diez y ocho años, tenían las cabezas juntas, como si estuviesen tramando algo, pero David levantó la cabeza y ambos sonrieron de oreja a oreja al verla. Nate tenía el mismo pelo castaño que su padre, mientras que David poseía los ojos azules de Ellie y su barbilla delicada.

Finalmente llegó hasta Ellie. Caleb la llevaba del brazo para conducirla hacia el banco. Lorabeth tuvo que correr hasta el banco de delante e inclinarse sobre el respaldo para hablar con su jefa.

—¡Ellie! No, no te levantes.

—Buenos días, Lorabeth —Ellie se puso en pie para abrazarla de todos modos, tarea ardua debido a su avanzado estado de gestación. Sus amigos predecían que serían gemelos. Su vestido de color lila hacía que sus ojos parecieran casi púrpuras. Su delicada apariencia disimulaba un carácter fuerte que Lorabeth había llegado a apreciar—. Esta mañana estás absolutamente radiante.

—Tengo noticias maravillosas —explicó ella—. Mi padre me ha dado su bendición para quedarme con vosotros permanentemente. Podré estar allí incluso los sábados y domingos desde ahora.

La sonrisa de Ellie disminuyó ligeramente y Lorabeth sintió un vuelco en el corazón.

—Es una gran sorpresa —dijo Ellie—. No sé qué pensar.

Lorabeth había depositado todas sus esperanzas en que Ellie aceptara la oferta. Se había enfrentado a su padre y había ganado su aprobación. Si Ellie no la quería la jornada entera, su sueño quedaría hecho pedazos. Había estado tan segura. Había sido tan… impulsiva.

—¿Estás segura de querer hacer eso? —preguntó Ellie—. Eres joven, Lorabeth. Te mereces tiempo para ti. No puedo esperar que trabajes siete días a la semana. Ya haces bastante por mí, no puedo permitirme pagarte lo que te mereces.

—Lo que gano es suficiente, eso no es problema. Y no trabajaré siete días. Si te parece bien, me tomaré un par de mañanas libres durante la semana.

—Claro que me parece bien —dijo Ellie agarrándole la mano—. No sé lo que haría sin ti. Eres el mejor regalo que me han hecho nunca.

—No más de lo que mereces, querida —Caleb Chaney había escuchado la conversación y le pasó el brazo por los hombros a su mujer.

—Si estás segura de que es lo que deseas, entonces será un placer —dijo Ellie.

No tenía ninguna duda. Lorabeth le había prometido a su madre que no abandonaría sus sueños, y aquél era un paso importante para cumplir esa promesa.

—Estoy segura.

La sala estaba en silencio. Lorabeth se dio la vuelta y vio que la gente se había sentado en los bancos y su padre la miraba con severidad desde el púlpito. Le dirigió a Ellie una última sonrisa de agradecimiento y corrió hacia el órgano. Tocó la introducción al primer himno y la gente se puso en pie.

Un hombre alto de hombros anchos entró en ese momento, proyectando una larga sombra en el camino del sol sobre el suelo de madera, antes de cerrar la puerta tras él. Se quitó el sombrero, dejando ver su pelo rubio, y caminó por el pasillo para reunirse con su familia.

Benjamin Chaney, el joven veterinario de Newton, se sentó junto a su hermano, Flynn, al final del banco de los Chaney, y la pequeña Anna se encaramó hacia él. Flynn y él no eran auténticamente Chaney, por lo que Lorabeth había oído. Poco después de que Caleb y Ellie se casaran, el médico había adoptado a sus dos hermanos.

Benjamin tenía su propia casa y seguía resultándole a Lorabeth un misterio. Aunque había

establecido su clínica hacía un año, lo único que sabía de él era lo que había observado los domingos y eso era que formaba parte de una familia unida nada parecida a lo que ella había vivido en su casa.

Lorabeth no sabía mucho sobre la vida de Ellie antes de casarse con Caleb. Los únicos parientes que iban de visita eran los de Caleb, y los de ella ni se mencionaban. Por lo que había observado, los Chaney eran una familia cariñosa y unida.

Y eran la llave para la libertad que siempre había deseado. Lorabeth tocó con determinación, levantando la cabeza de vez en cuando para mirar a la familia en la que se había integrado. Formar parte de la casa permanentemente sería un sueño hecho realidad. Los últimos dos años habían sido los mejores de su vida, pero para satisfacer plenamente sus deseos tendría que trabajar duro y hacerse valer. Rezó para estar a la altura.

Dos

—Benjamin, deberías vender la casa del pueblo y vivir en la otra —le dijo su hermana Ellie mientras colocaba un cuenco de puré de patata sobre la mesa—. ¿Cómo puedes mantener ambos lugares estando tan ocupado?

Era la típica cena de domingo en casa de su hermana. Ben aún no estaba acostumbrado a esa casa. No vivía con ellos cuando se habían mudado allí. Se había marchado a la universidad pocos años después de que Caleb y Ellie se casaran y, durante ese tiempo, habían tenido más hijos. Según iba creciendo la familia, Caleb y Ellie habían necesitado más espacio. La casa de siete habitaciones había pertenecido a un magnate ferroviario y llevaba vacía un año antes de que Caleb la comprara.

—Sólo es una casa —estaba diciendo su hermana—. Sé práctico. Véndela.

La casa a la que se refería era en la que habían vivido todos juntos. Ben se la estaba comprando a

Caleb a plazos mensuales, pero también había adquirido una propiedad en las afueras del pueblo para su clínica veterinaria. Necesitaba establos y un lugar en el que practicar cirugía. El nuevo lugar había sido una necesidad, pero no podía deshacerse del antiguo. Había demasiados recuerdos en esas habitaciones.

—Es como hablar con la pared —le dijo Caleb a su esposa.

Ellie miró a Benjamin.

—No me estás escuchando, ¿verdad?

Él negó con la cabeza mientras sonreía.

—Siéntate, Ellie —dijo Caleb ofreciéndole una silla—. Yo traeré el resto de la comida de la cocina. Flynn me ayudará.

El hermano de Ben se levantó para ayudar. Caleb era más como un padre para él que un cuñado. Flynn caminaría sobre carbones encendidos sólo para complacerlo.

Aunque Flynn tenía dieciocho años, aún estaba terminando la escuela. Sólo había ido uno o dos años antes de ir a vivir con Caleb y Ellie. No se había puesto al día tan rápido como Ben, aunque había hecho un gran esfuerzo y conseguiría el título ese mismo año.

Ben estuvo hablando sobre la escuela con Nate y David hasta que la comida estuvo servida.

Caleb se detuvo detrás de Ellie, colocándole la mano en el hombro, y se apoyó para hablarle al

oído. Ella se giró para mirar a su marido con tal ternura, que Benjamin sintió un intenso dolor en el pecho. Ellie le acarició la barbilla a Caleb y sus labios se rozaron brevemente.

Ninguno de los chicos había advertido aquellas muestras de afecto. Ben miró hacia otro lado y sirvió con el cucharón un poco de puré de patata en el plato de Lillith.

Ellie era la madre que todo niño merecía. Si Ben tenía hijos alguna vez, querría que estuvieran tan felices como los de Ellie. En alguna ocasión había pensado en formar su propia familia, pero siempre desechaba la idea con rapidez.

—Eres una gran cocinera, mamá —dijo Nate.

—Vaya, gracias —dijo Ellie con una sonrisa.

Para su hermana no importaba que Nate fuese producto del primer matrimonio de Caleb. Los niños siempre habían sido tratados con igualdad y justicia. Al igual que a Caleb nunca le había importado que su mujer y sus hermanos ni siquiera supieran quiénes eran sus respectivos padres. En aquella familia eras quien eras, sin importar de dónde vinieras.

—¿Los caballos tienen que comer asquerosas judías verdes, tío Ben? —preguntó Lillith.

—No, los caballos comen avena y heno. También comen hierba, aunque tienen que tener cuidado de no comerse las malas hierbas, pues se les enredarían en el intestino.

Lillith abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Y si me pasa a mí eso con las judías verdes?

—No te pasará —respondió Ellie—. Eres una niña, no un caballo. Las niñas necesitan verduras para hacerse fuertes.

Mientras su hermana ayudaba a Anna con la carne, Ben se inclinó hacia delante, pinchó las judías de Lillith con el tenedor y se las llevó a la boca. La niña se quedó mirándolo y sonrió.

—Lo he visto —dijo Ellie.

Todos se rieron, pero los golpes en la puerta interrumpieron la diversión.

—Iré yo —dijo Ben poniéndose en pie—. Si es un paciente, vendré a buscarte —le dijo a Caleb.

Sus botas resonaron en el suelo del vestíbulo antes de que abriera la puerta.

—Hola.

La empleada de Ellie, Lorabeth, estaba de pie en el porche cargada con una caja y una bolsa de ropa al hombro. Había otra pila de cosas empaquetadas tras ella. Su presencia allí un domingo era sorprendente, como lo era el hecho de ver al predicador tras ella, aún con su traje oscuro y su camisa blanca. Estaba de pie con el sombrero en la mano.

—Señorita Holdridge. Reverendo. Entren.

Lorabeth pasó frente a él y miró hacia el comedor.

—¿Llegamos durante la cena? Tal vez me haya dado demasiada prisa.

Ben se dirigió a tomar el sombrero del predicador, pero el hombre negó con la cabeza y dijo:

—No voy a quedarme.

—Acabábamos de empezar a cenar. Pueden unirse a nosotros —dijo Ben señalando hacia la otra habitación.

—Ya hemos cenado —dijo el reverendo Holdridge.

—Bueno, pues siéntense de todos modos. Veo que Lorabeth está deseando hablar con Ellie —le quitó la caja de los brazos y la dejó en el suelo al pie de las escaleras—. ¿De mudanza?

—Sí —contestó ella con ojos brillantes.

Ben estaba de broma, de modo que su respuesta fue toda una sorpresa. Lorabeth dejó las bolsas en el suelo y se quitó el sombrero. Los rizos brillantes del color de la miel cayeron sobre sus hombros. Durante la semana llevaba el pelo trenzado.

No se había quitado el vestido verde de cuello alto que había llevado mientras tocaba el órgano en la iglesia aquella mañana. Miró hacia el hombre de cara severa que esperaba junto a la puerta. Estaba observándolo como un halcón, y Ben apreció el sentimiento de protección del reverendo hacia su hija.

—Un mensaje muy inspirador esta mañana, reverendo.

—Gracias, Benjamin. ¿Qué parte te ha gustado más?

Ben sabía que estaba siendo puesto a prueba para ver si había prestado atención.

—Me ha gustado lo que ha dicho de perseguir un objetivo con determinación.

—Es muy agradable para un predicador ver a un joven como tú en la iglesia todos los domingos. Los jóvenes solteros de tu edad no suelen sentirse bien los domingos por la mañana.

Ben no pudo evitar sonreír ante la alusión hacia los hombres que ocupaban los salones hasta altas horas de la madrugada.

—Yo no soy un bebedor, señor.

—Admirable —dijo el reverendo—. Por favor, dile al doctor Chaney que requiero un momento de su tiempo.

—Claro.

—Yo me reuniré con los demás en el comedor —dijo Lorabeth.

Ben asintió y le hizo gestos para que fuera delante de él. Normalmente olía más a pan y a bebés, no a la suave fragancia floral que flotaba en el aire tras ella en ese momento, y Ben no supo exactamente por qué esa diferencia le resultaba inquietante. Lorabeth le hacía a Ellie la vida más fácil, y cualquier cosa que hiciera feliz a Ellie le parecía bien.

Lorabeth llegó a la puerta, pero se detuvo como si no estuviese segura de si sería bienvenida.

—Lorabeth está aquí —anunció él situándose a su lado.

La imagen de los Chaney sentados a la mesa hizo que Lorabeth se sintiese como una extraña durante unos segundos, hasta que se recordó a sí misma que estaba allí para unirse a ellos. Todos se giraron para mirarla y la recibieron con sonrisas.

Lillith saltó de su silla y Lorabeth se arrodilló para darle un abrazo.

—El reverendo Holdridge quiere hablar contigo —le dijo Ben a Caleb.

Lorabeth levantó la vista y vio que Caleb y Ellie intercambiaban una mirada. Caleb dejó su servilleta y se puso en pie.

—Disculpad.

—El tío Ben se ha comido mis judías verdes —le susurró Lillith al oído.

Lorabeth miró a Benjamin, que esperaba con la silla para que ella se sentara. Le dio un abrazo a Lillith y se puso en pie para sentarse.

—¿Ben, le traes un plato a Lorabeth? —preguntó Ellie.

—He comido algo en casa. Quiero decir en casa de mi padre —se corrigió a sí misma. Ahora su casa era ésa—. Aunque puedo ir yo a por un plato. No estoy de visita.

—No, no lo estás. Quédate sentada de todas formas —insistió Ellie, y le dirigió una mirada a Ben.

Él se dirigió a la cocina y regresó con un plato y unos cubiertos. Lorabeth nunca había tenido a un hombre atendiéndola de aquella manera, y observó sus dedos largos mientras colocaba el plato frente a ella.

—¿Dónde están las servilletas? —preguntó Ben.

Estaba más cerca de ella de lo que jamás había estado ningún otro hombre, exceptuando a su padre y a sus hermanos, y su cercanía la ponía nerviosa. Sin pensar, Lorabeth señaló hacia el armario.

—En el segundo cajón —dijo.

Ben sacó una y se la entregó.

—Gracias —contestó Lorabeth, mientras él regresaba a su asiento al otro lado de la mesa.

—Lorabeth va a vivir aquí —anunció Ellie.

—Incluso los sábados y domingos —añadió Lorabeth innecesariamente.

—Pero tendrás dos mañanas libres —insistió Ellie—. Y tendrás responsabilidades mínimas durante el fin de semana. Necesitas tiempo para ti y tus propios intereses. Ver a las amigas y cosas así.

—Sí —respondió Lorabeth mientras se servía pequeñas porciones de comida de los platos que Benjamin y Ellie le ofrecían. Agarró el tenedor mientras la conversación fluía a su alrededor. Había comido muchas veces con esa familia en

los dos años anteriores, y nunca dejaba de admirar su atmósfera relajada y su conversación fácil. En casa de su padre, sus hermanos y ella siempre habían tenido que sentarse rectos y en silencio.

—He comprado un piano para la sala —anunció Ellie—. Llegará la semana que viene.

—¿Quién toca el piano? —preguntó Flynn.

—¡La tía Patricia toca el piano en casa de la abuela! —contestó Lillith.

—Vosotros tocaréis cuando hayáis tomado clases —les dijo Ellie.

—Yo no quiero tocar el piano —declaró Nate con el ceño fruncido.

—Desde luego, no voy a obligarte —dijo Ellie limpiándose la boca con la servilleta—. Pero te pido que lo intentes antes de decir que no.

Durante la ausencia temporal de su padre, Nate miró a Benjamin como si fuera a recibir alguna ayuda del único hombre de la mesa.

Lorabeth no pudo evitar preguntarse cómo reaccionaría el guapo hermano de Ellie.

—Si lo intentas y no te gusta —dijo Benjamin sin dudar—, o no se te da bien, no es ninguna vergüenza decidir que no es para ti.

—Apuesto a que es difícil —dijo David—. ¿Es difícil, señorita Lorrie?

Benjamin miró a Lorabeth. Sus ojos eran de un azul penetrante, y su intensidad hizo que sintiera un vuelco en el estómago.

Tuvo que apartar la mirada y recomponer sus ideas para responder a la pregunta de David.

—No es tan difícil, querido. Aprenderás a leer las notas. Todos sois muy listos, así que no será un problema. Luego aprenderéis a poner los dedos y, después de eso, simplemente requiere mucha práctica.

—Tal vez la señorita Lorrie pueda darnos clases —sugirió Lillith con una sonrisa esperanzada.

—La señorita Lorrie ya tiene bastantes cosas y no hay necesidad de añadir más a su lista de tareas —le dijo Ellie a su hija.

—Pero puede tocar para nosotros, ¿verdad?

—Si quiere.

—¿Querrá, señorita Lorrie? —preguntó Anna—. ¿Tocará para nosotros? ¡Podemos cantar!

—A mí me gusta *My Bonnie Lies Over the Ocean*. ¿A ti no, mama? —preguntó Lillith.

—Me temo que ésa no la conozco —dijo Lorabeth, sintiendo cómo se le sonrojaban las mejillas.

—¡Entonces *Turkey in the Straw*! —gritó Anna.

Lamentaba decepcionar a los niños, y más que eso se avergonzaba de su incompetencia. La experiencia de Lorabeth era tan escasa que nunca había conocido a alguien que tuviese un piano que sirviese para algo más que la adoración.

—Ésa tampoco la conozco.

—Pero toca música todos los domingos —dijo Lillith.

—Sólo conozco himnos —explicó ella—. Pero podría aprender a tocar esas canciones que os gustan si tuviera las partituras.

—¿Podemos ayudarla a guardar sus vestidos y sus cosas, señorita Lorrie? —preguntó Lillith cambiando bruscamente de tema.

—La señorita Lorrie puede guardar sola su ropa —les dijo Ellie a las niñas—. Ben llevará sus cosas arriba. ¿Te quedan muchas cosas por traer?

Lorabeth negó con la cabeza.

—Está todo en el vestíbulo.

Miró a Benjamin y sus ojos se cruzaron durante un incómodo momento mientras se preguntaba en qué estaría pensando él. Los Chaney no eran ostentosos, pero tenían muebles buenos y llevaban ropa a la moda. En cambio, sus modestas posesiones estaban todas guardadas en aquellas pocas cajas y bolsas. Bajó la cabeza y apartó la mirada. Era un mundo muy grande, y sólo conocía una mínima parte.

Recordó la visita de su padre y trató de captar parte de la conversación de la otra habitación, pero la casa era grande, y Caleb probablemente lo hubiese llevado a la sala y hubiese cerrado las puertas. Su padre había accedido a su plan, y

Lorabeth rezó para que no hubiera razón alguna que le hiciera cambiar de opinión. Podía imaginar lo que pensaría del doctor Chaney después de haber visto su lujosa casa.

Habían terminado de cenar para cuando Caleb regresó solo al comedor.

El corazón de Lorabeth se agitó nervioso, esperando oír lo que tuviera que decir, rezando para que su padre no hubiera cambiado de opinión.

Tres

Lorabeth se apretó las manos, avergonzada por tener que dar explicaciones.

—Mi padre tiene ideas muy rígidas sobre la propiedad, doctor Chaney.

—Se preocupa por el bienestar de su hija soltera —contestó Caleb—, lo cual aprecio.

—Deje que le recaliente la cena —dijo Lorabeth poniéndose en pie.

—Mi cena está bien —dijo Caleb levantando una mano para detenerla. Se colocó la servilleta en el regazo y agarró el tenedor.

—¿Ha dicho algo que le haya quitado las ganas de tenerme aquí? —preguntó Lorabeth volviendo a sentarse.

—Le he asegurado que tus intereses eran lo primero para mí y que cuidaré de ti como un miembro de la familia.

—Gracias, doctor Chaney.

—Confiamos en ti. Viviendo con nosotros